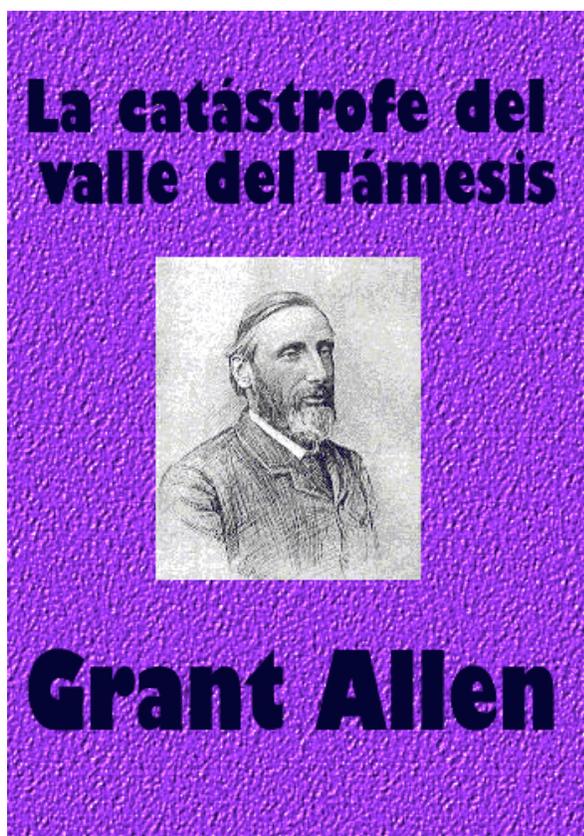


**La catástrofe del valle del  
Támesis**

*Grant Allen*

Comentario [LT1]:



Supongo que a estas alturas resulta superfluo mencionar el hecho de que yo fui uno de los primeros y más directos observadores de la triste serie de acontecimientos que finalmente ocasionaron el traslado de la sede del gobierno de estas islas de Londres a Manchester. Tampoco necesito aludir aquí a la sobresaliente posición que ocupa por derecho propio mi narración en el libro azul sobre la catástrofe del valle del Támesis (vol. II, part. VII), dispuesto por el Parlamento en su sesión preliminar bajo el nuevo régimen en Birmingham. Sin embargo, pienso que, en beneficio de la posteridad, me incumbe también complementar ese necesariamente seco y formal informe con un relato más minucioso de mis aventuras personales durante el terrible período.

Por supuesto, soy consciente de que mi pobre historia posee sin duda muy poco interés para nuestros contemporáneos, cansados de los detalles del desastre, y hartos de las tediosas discusiones científicas acerca de su origen y naturaleza. Pero me atrevo a creer que, en años sucesivos, cuando la mayor calamidad del siglo XIX se haya vuelto pintoresca y, por decirlo así, adornada con fantasías, por razones de su alejamiento en el tiempo (como la Gran Plaga o el Gran Incendio de Londres para nosotros), es probable que el mundo desee oír cómo esta convulsión sin paralelo afectó los sentimientos y el destino de una familia de clase media, en una zona de Londres ni miserable ni lujosa.

Son esos toques personales de naturaleza humana los que proporcionan realidad a la historia, sin los cuales se convertiría, como ha dicho muy elegantemente un gran escritor, tan sólo en un viejo almanaque. No me disculparé, sin embargo, por ser francamente egoísta y doméstico en mis reminiscencias de ese pasmoso día: porque sé que aquellos que deseen hallar información científica sobre el tema acudirán, y no en vano, a los ocho gruesos volúmenes del reciente libro azul. Me ocuparé aquí del gran acontecimiento tan sólo como se me apareció a mí,

un funcionario de segundo grado del gobierno, y en relación a mi propia vida, mi hogar y mis hijos.

En la mañana del treinta y uno de agosto, en el año memorable de la calamidad, yo estaba en Cookham, un agradable y hermoso pueblecito que por aquel entonces ocupaba la orilla occidental del Támesis, justo debajo del lugar que la Torre de Vigilancia del Departamento de Terremotos y Erupciones denomina ahora la gran llanura del desierto de la Roca Vítreá. En lugar del negro lago de basalto que la gente joven puede ver hoy en día extender su sólida superficie completamente plana entre las herbosas altiplanicies, muchos hombres aún con vida pueden recordar un gracioso y sonriente valle, cruzado en su centro por un hermoso río.

Yo había bajado en bicicleta desde Londres la tarde anterior (anticipando así mi fin de semana), y había pasado la noche en un aceptable albergue en el pueblo. Por una curiosa coincidencia, el único visitante en el pequeño hotel aquella noche, aparte de mí, era un compañero ciclista, un americano llamado George W. Ward, que había venido con su «rueda», como él la llamaba, para una estancia de seis semanas en Inglaterra, a fin de investigar la geología de nuestras regiones meridionales por sí mismo y compararlas con el sistema cretáceo del lejano Oeste americano. Me atrevo a describir esto como una curiosa coincidencia porque, tal como fueron las cosas, el mero accidente de mi encuentro con él me dio el primer atisbo de la auténtica existencia de ese singular fenómeno del que muy pronto íbamos a recibir todos un sorprendente ejemplo. Nunca antes había oído hablar de erupciones lineales o de fisura; y si no hubiera oído hablar de ellas a Ward aquella noche, no la habría reconocido cuando realmente apareció por primera vez, y por eso me habría visto envuelto en el desastre general. En cuyo caso, por supuesto, esta narración carente de pretensiones jamás habría sido escrita.

Mientras permanecíamos sentados en el pequeño salón del White Hart, fumando nuestra pipa de la noche, el americano, que era un hombre

agradable y conversador, empezó a hablarme de las razones de su visita a Inglaterra. Por aquel entonces yo estaba empleado en el Servicio de Correos (de cuyo organismo soy ahora secretario), y nunca me había preocupado de estudiar ciencias; pero su entusiasta charla acerca de su propio país y su vastedad me divirtió y me interesó. Había estado empleado durante algunos años en el Servicio Geológico de los estados del Oeste, y se sentía profundamente impresionado por la solemnidad y la colosal escala de todo lo americano.

—¡Montañas! —dijo, cuando yo le hablé de Escocia—. Como montañas, sus Alpes son una bagatela, y en cuanto a volcanes, su Vesubio y su Etna sólo escupen un poco de fuego a largos intervalos; mientras que los nuestros hacen las cosas a la escala de nuestro gran país, puedo asegurárselo. Europa es una circunstancia; América, un continente.

—Pero —objeté—, ¡la erupción que destruyó Pompeya no estuvo nada mal!

El americano se alzó y me miró lentamente. Puedo verlo aún como aquel día, con su rostro recién afeitado y su sonrisa desdeñosa ante mi ignorancia europea.

—Bueno —dijo, tras una larga y solemne pausa—, la lengua de lava que destruyó unas pocas hectáreas cerca de la bahía de Nápoles fue lo que nosotros llamamos un chorrillo: procedió de un cráter; y el cráter de donde procedía no era más que un pequeño respiradero redondo; la lava fluyó de él en un moderado chorro sobre una zona limitada. ¿Pero qué diría usted de la tierra abriéndose en una enorme fisura, de setenta u ochenta kilómetros de largo..., digamos como desde aquí hasta Londres, o más, y la lava brotando del orificio, no en un pequeño riachuelo, como en el Etna o el Vesubio, sino en un mar o una inundación, esparciéndose inmediatamente sobre una extensión tan grande como Inglaterra? ¿Puede

compararse con una acción volcánica? Y ése es el tipo de fenómeno que tenemos en Colorado.

—Está usted bromeando o fanfarroneando. Intenta asombrarme con la familiar águila con las alas abiertas.

Sonrió tranquilamente.

—En absoluto. Lo que le estoy diciendo es tan cierto como el evangelio. La tierra bosteza en Montana. Hay erupciones lineales, como las llamamos, en los estados del Oeste, de las cuales mana la lava como el vino de un pellejo roto... Mana en enormes flujos rugientes, torrentes de basalto fundido, a lo largo de kilómetros y kilómetros, y se esparce como el agua sobre extensas llanuras y valles.

—¡No en los tiempos históricos! —exclamé.

—No estoy tan seguro de eso —respondió, meditabundo—. Admito que no en los tiempos que son históricos para nosotros..., puesto que Colorado es un estado muy nuevo; sin embargo, me inclino a pensar que algunas de las más recientes erupciones lineales tuvieron lugar no antes de que los Tudor reinaran en Inglaterra. La lava manó al rojo vivo..., brotó a chorros..., salió a toda presión... y se esparció instantáneamente por todas partes; es algo tan comparativamente reciente que la superficie de las rocas aún está desnuda en muchas partes, no lo bastante trabajada por los elementos como para albergar vegetación. Calculo que el chorro debió de ser eyectado de un golpe, en un enorme domo al rojo blanco, y luego fluyó cayendo hacia los dos lados, llenando los valles hasta un cierto nivel, por aquí y por allá entre las colinas, exactamente igual a como lo haría el agua. Y alguna de esas erupciones, se lo puedo decir porque las he medido, hubieran podido cubrir más terreno que desde Dover a Liverpool, y desde York a Cornwall.

—Demos las gracias de que tales cosas no ocurran en nuestro tiempo —murmuré despreocupadamente.

Me miró de un modo peculiar.

—*No han* ocurrido, querrá decir. No tenemos ninguna seguridad de que no puedan ocurrir de nuevo mañana. Esas erupciones lineales, aunque no están descritas históricamente, fueron acontecimientos comunes en la historia geológica...; comunes, y a una mayor escala en América que en cualquier otro lugar. Sin embargo, han ocurrido en todos los países y en varias épocas; no hay ninguna razón por la que no puedan ocurrir en Inglaterra en la actualidad.

Me eché a reír y meneé la cabeza. Tenía la firme convicción de los ingleses —tan rudamente destrozada por los acontecimientos subsiguientes, pero por aquel entonces tan universal— de que nada fuera de lo usual podía ocurrir en Inglaterra.

A la mañana siguiente me levanté temprano, me bañé en Odney Weir (un pintoresco estanque cerca de allí), desayuné con el americano, y luego escribí unas líneas apresuradas a mi esposa, informándole que probablemente aquella noche dormiría en Oxford; me había tomado unos pocos días de vacaciones, y deseaba que Ethel supiera dónde podía enviarme una carta o un telegrama cada día, pues ambos estábamos un poco preocupados con la dentición del niño. Mientras escribo ahora estas líneas, el macabro humor de la situación vuelve vívidamente a mí. Miles de padres estaban preocupados aquella mañana por problemas parecidos, cuya insignificancia acrecentó aún más el horror de la calamidad universal de aquel día.

Hacia las diez hinché los neumáticos de mi bicicleta y proseguí mi camino. Pensaba dirigirme a Oxford siguiendo una carretera cómoda y agradable, que seguía las curvas del río, cruzando Marlow y Henley; de modo que empecé cruzando el puente Cookham, una estructura de madera o hierro, no lo recuerdo exactamente. Cruzaba el Támesis cerca del

pueblo; los curiosos encontrarán su posición exacta señalada en los mapas de aquel tiempo.

En mitad del puente hice una pausa y contemplé aquel agradable paisaje, que quizá yo sea el último de los hombres con vida en haberlo visto tal cual era. Cerca de allí había una esclusa; a su lado, la corriente se dividía en tres ramales separados, armónicamente respaldados por las suaves y verdes laderas de Hedsor y Cliveden. Nunca podía cruzar aquel típico paisaje inglés sin echarle una ojeada de admiración. Aquella mañana, dejé mi bicicleta a un lado por un momento y miré corriente abajo con más admiración de la habitual hacia la suave y azul agua y los altos álamos blancos, cuyas hojas mostraban su brillante plata agitadas por la brisa. Quizá me habría quedado mirando todo aquello demasiado tiempo —y un minuto más habría bastado para mi destrucción— de no ser porque un grito procedente de la parte alta del camino de siria, un poco lejos, atrajo mi atención.

Era un salvaje grito de desesperación, como el de un hombre que es asesinado.

Creo que ése fue mi primer aviso del peligro. Dos minutos antes había oído un débil sonido como el distante retumbar de un trueno; pero nada más. Yo soy uno de los que mantienen firmemente que la catástrofe *no* fue avisada con anterioridad por la sacudida de un terremoto.<sup>1</sup>

Volví la mirada corriente arriba. Por espacio de medio segundo me sentí totalmente alucinado. Puede parecer extraño, pero al principio no percibí la gran crecida de fuego que avanzaba hacia mí. Vi tan sólo al hombre que había gritado..., un miserable, encogido, lívido por el terror, infeliz, una de esas abyectas criaturas que acostumbraban a llevar una dudosa vida por aquellos tiempos (cuando el río era un bulevar de placer) arrastrando botes río arriba. En aquel momento avanzaba

---

<sup>1</sup> Para una opinión opuesta, véase el informe del doctor Haigh Withers en el vol. III del libro azul.

desesperadamente por el camino corriente abajo, con el pánico impreso en el rostro; corría como si le persiguiera de cerca alguna bestia salvaje. «Un perro rabioso —pensé al principio—; o quizás un toro que se ha metido en el prado.»

Dirigí la vista un poco más lejos para ver qué era lo que le amenazaba; y entonces, en un segundo, el absoluto horror y terror de la catástrofe saltó sobre mí. Su absoluto horror y terror, digo, pero aún no su magnitud. Al principio sólo fui consciente de una pared roja en movimiento, como opaco metal fundido al rojo vivo. Intentando recordar desde la seguridad de la distancia en el espacio y en el tiempo los sentimientos de aquel instante y la forma en que surgieron y se sucedieron unos a otros, creo que puedo asegurar que mi primera idea no fue más que: «¡O corre, o esa pared lo va a alcanzar!». Al instante siguiente, una ola ardiente me golpeó el rostro. Fue como la bofetada de calor que lo azota a uno en una fábrica de vidrio, cuando te sitúas frente al fundido e hirviente material en el horno. Casi al mismo tiempo fui consciente, creo, de que la opaca pared era realmente una pared de fuego. Pero estaba enfriada por el contacto con el aire y el agua. Mientras miraba, sin embargo, una segunda oleada procedente de atrás pareció empujarla y romperla; la derribó y pasó por encima de ella. Esta segunda ola era blanca, no roja..., y el calor también era blanco, comprendí. Entonces, con un estallido de reconocimiento, supe lo que significaba. ¡Lo que Ward había dicho la noche anterior!... ¡Una erupción lineal!

Miré hacia atrás. Ward avanzaba hacia mí por el puente, montado en su Colombia. Demasiado alucinado para pronunciar una sola palabra, señalé corriente arriba con la mano. Él asintió y gritó en respuesta, con una voz singularmente tranquila:

—Sí, exactamente como le dije: ¡una erupción lineal!

Fueron las últimas palabras que le oí pronunciar. No era que apreciara el peligro en menor magnitud de lo que lo apreciaba yo, pese a que su actitud era fría y calmada; pero no llevaba clips en sus pantalones, y en aquel momento crucial una de sus piernas se enganchó con los pedales. El accidente le desconcertó; desmontó apresuradamente, y entonces, presa del pánico, juzgué, abandonó su máquina. Intentó echar a correr. El error fue fatal. Dio un traspies y cayó. Mencionaré más tarde lo que le ocurrió luego.

Por el momento yo sólo veía al pobre infeliz que corría por el camino de sirga. Estaba apenas a unos cien metros, justo más allá del pequeño puente que conducía por encima del claro a un muelle privado para botes. Pero mientras corría sin dejar de gritar, la pared de fuego lo alcanzó. No creo que se diera cuenta siquiera. Es difícil en tales momentos juzgar lo que realmente ocurre; sin embargo, juraría que lo vi arder como una polilla sobre una llama pocos segundos antes de que la pared de fuego barriera el muelle para botes. He visto a insectos arder así al penetrar en la zona caliente próxima a unas brasas al rojo. El hombre pareció volatilizarse, dejando tras él un rastro de cenizas pulverulentas representando sus huesos. No obstante, no pretendo estar seguro de eso; confesaré que mi propia agitación era demasiado intensa para permitirme observar nada con exactitud.

¿Qué altura alcanzaba la pared en aquel momento? Este extremo se ha debatido mucho. Me atrevería a afirmar que unos diez metros (aunque luego ascendió hasta más de sesenta), y avanzaba hacia el centro del valle más aprisa de lo que un hombre podía correr. (Más tarde su velocidad se aceleró grandemente con las sucesivas erupciones.) Con frenética precipitación, sentí que la única posibilidad que tenía de salvarme estaba ante mí: debía dirigirme colina arriba por el camino que conducía por entre los campos hasta Hedsor.

Pedaleé con todas mis fuerzas para salvar mi vida, con la mueca de la muerte acercándoseme por detrás. Mientras cruzaba el puente en dirección a la colina vi a Ward en el parapeto, agitando los brazos e intentando alocadamente evitar caer al río. Al instante siguiente se consumió, creo, como se había consumido el otro hombre; antes de que la lengua de lava lo alcanzara se había evaporado completamente, y creo que a eso puede atribuirse la circunstancia (muy comentada tras las excavaciones científicas entre las ruinas) de que no fueran hallados cadáveres, como en Pompeya, en ningún lugar del desierto del valle del Támesis. Mi creencia es que todos los cuerpos humanos se vieron reducidos al estado gaseoso a causa del terrible calor varios segundos antes de que el basalto fundido los alcanzara.

Incluso a la distancia en que me hallaba en aquel momento respecto de la masa central, el calor era por supuesto intolerable. Sin embargo, aunque resulte extraño, vi a pocas personas, por no decir ninguna, huyendo de la inundación. El hecho era que la erupción se había producido tan repentinamente, tan sin ninguna advertencia o síntomas premonitorios (porque niego la existencia de sacudidas sísmicas) que ciudades enteras fueron sin duda destruidas antes de que sus habitantes se dieran cuenta de que estaba ocurriendo algo fuera de lo común. Es una especie de alivio al horror general el pensar que una inmensa proporción de las víctimas debieron de morir sin siquiera darse cuenta de ello; en un momento dado estaban riendo, hablando, haciendo algo; al segundo siguiente estaban asfixiados o reducidos a cenizas, como polillas que desaparecen al contacto con la incandescente llama del gas.

Sin embargo, eso lo supe más tarde. En aquel momento sólo era consciente de un frenético trepar a la colina, sobre un desigual y pedregoso sendero, y con los pedales de mi bicicleta trabajando como nunca lo habían hecho antes; mientras detrás de mí veía desparramarse el purgatorio, esforzándose duramente en alcanzarme. Sólo supe que un mar

de fuego estaba llenando el valle de punta a punta, y que su calor abrasaba mi rostro mientras pedaleaba locamente presa de indecible terror.

Durante todo este tiempo, debo admitirlo, mi pánico fue puramente personal. Estaba demasiado sometido a la creciente urgencia de mi propio y opresivo peligro como para comprender en toda su magnitud la catástrofe pública. Ni siquiera pensé en Ethel y los chicos.

Cuando alcancé la colina junto a la iglesia de Hedsor —un hermoso y pequeño edificio, cuyo cascarón aún se mantiene en pie, aunque chamuscado y ennegrecido, al borde del desierto— pude hacer una pausa de medio minuto para recobrar la respiración, y para mirar hacia atrás a la escena del primer desastre.

Era algo terrible, y sin embargo tuve la impresión de que era una hermosa escena..., hermosa con la horrible y aterradora belleza de un gran incendio forestal o una enorme conflagración en alguna ciudad atestada. Todo el valle del río, desde donde lo observaba, era un mar de fuego. Barreras de lava al rojo vivo se formaban por un momento aquí y allá en los lugares donde la vanguardia de la inundación se había enfriado un poco en su superficie debido a la exposición al aire; y sobre esos diques temporales, nuevas cataratas de material al rojo vivo se derramaban en el valle más allá. Tras un momento, a medida que las porciones más profundas de basalto eran impelidas al exterior, todo adquiría el mismo color blanco. Su aspecto era tan glorioso a la luz del sol matutino que era difícil darse cuenta de la pasmosa realidad de aquel mar de oro fundido; uno casi podía imaginar el espléndido triunfo del arte de un paisajista, de no haber sabido que en realidad se trataba de un auténtico río de fuego, irresistible, aniquilador, que lo destruía todo a su paso en su devastador avance.

Intenté descubrir la fuente del desastre. Mirando directamente río arriba, más allá de Bourne End y Marlow, divisé con nublados y deslumbrados ojos una masa más blanca que cualquier otra, brillando violentamente a la luz del día como una lámpara eléctrica, y llenando por completo hasta arriba la estrecha garganta del río hacia Hurley y Henley. De inmediato recordé que aquella parte del valle normalmente no era visible desde la colina de Hedsor, y casi sin pensar en ello imaginé de modo instintivo la razón de lo ocurrido: aquél era el centro de la alteración...; la corteza terrestre había cedido en aquel punto y se había hinchado ligeramente hacia arriba, hasta que se había cuarteado y había dejado escapar el basalto de su interior.

Mirando con más fijeza, pude imaginar (aunque mirar aquello era como estar mirando directamente al sol) que la resplandeciente masa en forma de blanco domo, parecida a una violenta luz eléctrica, era la lava fundida que brotaba de la boca de la enorme fisura. Digo enorme porque así me lo pareció, aunque, como todo el mundo sabe ahora, sus auténticas dimensiones no eran de más de trece kilómetros transversalmente, a partir de un punto cerca de lo que en una ocasión fuera Shiplake Ferry hasta el emplazamiento de las viejas caleras de Marlow. Sin embargo, cuando uno ve una erupción desarrollándose en la realidad, la colosal escala del proceso es algo realmente abrumador. Un mar de fuego, de trece a veinte kilómetros de ancho, en el familiar valle del Támesis es algo que impresiona y aterra infinitamente más que un mar de fuego diez veces más vasto en los desiertos sin nombre del Oeste americano.

Pude ver también, aunque de modo poco definido, que la crecida se extendía en todas direcciones desde su punto central, tanto hacia arriba como hacia abajo del río. A derecha e izquierda era pronto detenida y confinada por las colinas hacia Wargrave y Medmenham; sin embargo, hacia abajo había llenado todo el valle hasta Cookham y aún más allá; mientras que hacia arriba se extendía en una enorme sábana

resplandeciente hacia Reading y las llanuras junto a la confluencia del Kennet.

Entonces no sabía que este gigantesco dique natural iba a llenar todas las depresiones del lugar, bloqueando así el curso de los dos ríos hasta formar esas dos extensiones gemelas de agua, los lagos Newbury y Oxford. Los turistas que actualmente miran hacia abajo en las aguas en las tranquilas tardes veraniegas, allí donde las ruinas de Magdalen y Merton pueden distinguirse débilmente en las profundidades verde pálido, con sus rotas estructuras de ladrillo entremezcladas de modo pintoresco con plantas acuáticas, apenas pueden hacerse una ligera idea de la terrible escena que presentaba esa pacífica ribera mientras la lava incandescente chorreaba en un ardiente fluir blanco hacia el distrito condenado.

Los comerciantes que atiborran los industriosos muelles de estas ciudades de rápido desarrollo, que han crecido con mayor rapidez que Chicago o Johannesburgo en la dentada orilla de los nuevos lagos que lindan con las extensiones cretáceas de Berkshire, casi han olvidado el horror del tiempo intermedio, cuando las aguas de los dos ríos crecieron lentamente, lentamente, día tras día, sumergiendo sus valles y cubriendo una parte de la más gloriosa arquitectura de Gran Bretaña.

Ahora bien, aunque entonces yo no sabía ni podía prever los remotos efectos de la gran lengua de fuego que avanzaba en aquella dirección, sí vi lo suficiente como para hacer que mi corazón se detuviera. Apenas podía sujetar mi bicicleta, de tanto que me temblaban las manos. Me di cuenta de que era un espectador de la mayor calamidad que hubiera caído sobre un lugar civilizado a lo largo de toda la historia conocida.

Miré hacia el sur a lo largo del valle, en dirección a Maidenhead. No se me ocurrió que la catástrofe fuera nada más que un desastre local, pese a que aun así su enormidad era algo sin precedentes. Mi imaginación

apenas podía concebir que el propio Londres estaba amenazado. En esos días uno no podía pensar en la posibilidad de la destrucción de Londres. Al principio, mi único pensamiento era: «¡Va hacia Maidenhead!». Pero mientras pensaba esto vi surgir de la fisura central un nuevo y más intenso borbotón de fuego, y fluir más rápidamente que nunca hacia el centro del valle, sobre la capa que empezaba a endurecerse en sus bordes al contacto con el aire y el suelo. Esta nueva erupción cayó en una loca catarata sobre la vanguardia de la anterior, e instantáneamente se extendió como el agua a través del nuevo nivel creado entre las colinas de Cliveden y la hilera opuesta de las Pinkneys. Con un estremecimiento, comprendí que estaba avanzando hacia Windsor. Entonces un miedo horrible me atenazó. Si alcanzaba Windsor, ¿por qué no Staines y Chertsey y Hounslow, por qué no Londres?

En un segundo recordé a Ethel y a los niños. Hasta aquel momento sólo me había sentido abrumado por el peligro inmediato de mi propia situación. El fuego estaba tan cerca...; su corazón brotaba ante mi rostro y me atemorizaba. No obstante, ahora sentía que debía efectuar un desesperado intento de prevenir..., no a Londres, no, francamente, olvidé a esos millones de seres..., pero sí a Ethel y a mis hijos. Junto con este pensamiento, por primera vez, la enormidad real de la catástrofe me impactó. ¡El valle del Támesis estaba condenado! ¡Debía correr desesperadamente si quería salvar a mi esposa y a mis hijos!

Monté de nuevo, pero descubrí que mis temblorosos pies apenas podían manejar los pedales. Mis piernas eran como gelatina. Con un frenético esfuerzo, me lancé tierra adentro en dirección a Burnham. No sabía exactamente qué camino seguir; apenas conocía la topografía de la zona, de modo que no podía hacerme una idea definida de qué ruta debía tomar a fin de mantenerme en las colinas y evitar la lengua de fuego que estaba inundando las partes bajas. Sin embargo, por puro instinto, creo, me dirigí hacia Londres a lo largo de las crestas de las extensiones

cretáceas. En tres minutos había perdido de vista la ardiente lengua, y me adentraba por senderos verdeantes y bajo umbrías hayas. Aquel contraste me sobrecogió. Pensé si me estaría volviendo loco. Todo estaba tan tranquilo... No podía creer que a ocho kilómetros apenas de aquella devastadora sábana de fuego los pájaros estaban cantando en el cielo y los hombres trabajando en los campos como si no hubiera sucedido nada.

Cerca de Lambourne Wood me encontré con otro ciclista que iba a descender la colina. Una curva en el camino le ocultaba el valle. Le grité en voz muy alta:

—¡Por el amor del cielo, no vaya abajo! ¡Hay peligro, peligro!

Sonrió y me miró por encima del hombro.

—Puedo con cualquier colina de Inglaterra —respondió.

—¡No se trata de una colina! Ha habido una erupción..., una erupción lineal en Marlow... Hay grandes lenguas de fuego... ¡Todo el valle está cubierto por lava ardiente!

Me miró irónicamente. Luego su expresión cambió de pronto. Supongo que vio que mi rostro estaba blanco y crispado por el horror. Pareció alarmado.

—¡Vuelva al manicomio! —gritó, pedaleando más aprisa colina abajo, como si tuviera miedo de mí.

No tuve la menor duda de que pedalearía hasta el mismo centro de la lengua de fuego, y se vería volatilizado en su avance, antes de que pudiera detener su máquina en una pendiente tan pronunciada.

Entre Lambourne Wood y Burnham no vi el fuego. Pedaleé a toda velocidad entre campos verdes y prados. De tanto en tanto me cruzaba con campesinos en la carretera. Más de uno me miró y comentó algo acerca del opresivo calor, pero ninguno de ellos pareció darse cuenta del destino que se cernía sobre sus propias casas cerca de allí, en el valle. Se lo dije a uno

o dos, pero se echaron a reír y me miraron por encima del hombro como si estuviera loco. Me cansé de advertirles. No hacían caso de mis palabras, sino que seguían su camino como si nada fuera de lo común estuviera ocurriendo en Inglaterra.

Cerca de Burnham, capté de nuevo un atisbo del valle. Allí, la gente empezaba apenas a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo cerca de ellos. La mitad de la población se hallaba reunida en la ladera, mirando con sorpresa hacia abajo, a la lengua de fuego, que en aquel momento acababa de girar la curva de las colinas cerca de Taplow. Un silencioso terror era la expresión más común. Sin embargo, cuando les dije que había visto la lava brotar de la tierra en un domo blanco encima de Marlow, se rieron burlescamente de mí; y cuando les aseguré que el ardiente flujo estaba avanzando rápidamente hacia Londres, respondieron:

—¿Londres? ¡Nunca va a llegar hasta tan lejos!

Aquél fue el único lugar en las colinas, por lo que sé, donde el fenómeno fue observado con suficiente antelación como para telegrafiar y advertir a los habitantes de la gran ciudad; pero nadie pensó en hacerlo. Y debo decir que, aunque lo hubieran hecho, no habría habido la menor probabilidad de que la advertencia suscitase el menor interés en nuestra antigua metrópoli. Los corredores de bolsa habrían hecho chistes acerca de una caída repentina de los valores, y habrían seguido comprando y vendiendo como de costumbre.

Medí con la mirada el nivel de la llanura entre Burnham y Slough, calculando por encima si podría tener tiempo de descender a la conocida carretera de Maidenhead a Londres por Colnbrook y Hounslow. (Aconsejo a aquellos que no estén familiarizados con la topografía de esta zona antes de la erupción que sigan mi ruta en un buen mapa de la época.) Pero de inmediato me di cuenta de que aquella ruta me resultaría imposible. A la velocidad a que había avanzado la lengua de fuego desde el puente de

Cookham hasta Taplow, estaba seguro de que la tendría encima antes de alcanzar Upton, o el parque Ditton, en sus inmediaciones.

Por supuesto, la velocidad de avance disminuiría un tanto a medida que la lava se fuera enfriando. Es extraño lo rápidamente que son aceptadas las realidades por la mente de uno; lo cierto es que me encontré pensando en aquello del modo más natural, como si durante toda mi vida hubiera estado acostumbrado a las erupciones lineales.

Por otro lado, la lava podía estar brotando ahora más caliente y más rápido que antes, como yo mismo había visto no hacía mucho, y ni siquiera estaba seguro de que no ascendería hasta el nivel de las colinas donde me encontraba ahora. Los que están leyendo en el momento presente esta narración dan por sentado que la extensión y altura de la inundación es algo exactamente sabido y comprobado, pero en aquel momento nadie podía adivinar hasta dónde podía llegar a subir, y cuán extensa sería la zona del país que se viera invadida y devastada. ¿Iba a detenerse en Chilterns, o proseguiría hacia el norte hasta Birmingham, York y Escocia?

En mi temblorosa ansiedad por avisar del peligro a mi esposa e hijos, me debatía en la duda de si debía aventurarme por el valle y avanzar a toda prisa por la carretera principal en dirección a Londres. Pensé en Ethel, sola en nuestra pequeña casita en Bayswater, y casi decidí correr el riesgo. En aquel momento recordé que la carretera a Londres solía estar llena de todo tipo de carruajes, carretas y bicicletas, todas ellas avanzando hacia la ciudad. Repentinamente, una nueva ola giró la esquina junto a Taplow y el puente de Maidenhead, y empezó a hacerse visible. Era una visión horrible. No pretenderé describirla. La pobre gente en la carretera, hombres y animales a la vez, corrieron alocadamente, desesperadamente; el fuego los alcanzó por detrás y, uno a uno, antes de que el mar de fuego los alcanzara, los vi evaporarse y fundirse ante el fiero calor blanco de la progresiva inundación. No pude seguir mirando. No podía descender so

pena de una muerte segura e instantánea. Comprendí que mi única posibilidad era seguir por aquel lado, por Stoke Poges y Uxbridge, y luego intentar la línea de colinas del norte hacia Londres.

¡Oh, cómo pedaleé! En Farnham Royal (donde de nuevo nadie parecía darse cuenta de lo que ocurría), un policía rural intentó detenerme por conducir alocadamente. Le hice la zancadilla y seguí mi camino. La experiencia me había enseñado que no servía de nada hablar a aquellos que no habían visto el desastre. Un poco más allá, a la entrada de un hermoso parque, un portero intentó cerrarme la puerta en las narices, exclamando que el camino era particular. Vi que era la única vía practicable sin tener que bajar al valle, y me hice a la idea de que no había tiempo para discutir. Soy un hombre pacífico, pero lancé mi puño y se lo planté entre los ojos. Luego, antes de que pudiera recuperarse de su sorpresa, había montado de nuevo en mi bicicleta y pedaleado a través del parque, mientras él corría tras de mí en vano, gritando a los hombres que había por allí que me detuvieran. Pero yo no estaba dispuesto a ser detenido; y salí de nuevo a la carretera en Stoke Poges.

Cerca de Galley Hill, tras un largo y furioso pedaleo, alcancé el descenso hasta Uxbridge. ¿Era posible bajar? Miré, de nuevo por puro instinto, pues nunca antes había visitado aquel lugar, hacia donde creía que debía discurrir el Támesis. Una gran nube blanca flotaba sobre él. Comprendí lo que significaba aquella nube: era el vapor del agua del río, allí donde la lava la había alcanzado y la había hecho hervir en cuestión de segundos. No había observado aquella masa algodonosa de vapor en Cookham, aunque hasta más tarde no me pregunté por qué. En el estrecho valle donde el Támesis discurre entre colinas, la lava había caído repentinamente sobre el agua, aprisionando el vapor debajo; y fue ese vapor aprisionado el que dio origen un poco más tarde a las subsecuentes series de sorprendentes temblores (cuyo estudio y predicciones constituyen hoy la tarea principal del Sismólogo Real). En cambio, en

plena llanura, el basalto avanzaba más gradualmente y en una capa más delgada, con lo que transformaba toda la masa de agua en una blanca nube de vapor tan pronto como alcanzaba cada nueva curva del río.

En aquel momento, sin embargo, no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Sólo sabía por esos signos indirectos que la lengua seguía avanzando y que, por lo tanto, me era imposible dirigirme a Londres por el camino directo vía Uxbridge y Hanwell. Si quería llegar allí, debía bajar al valle inmediatamente, cruzar las calles de Uxbridge tan rápidamente como me fuera posible, atravesar la llanura por lo que luego supe que era Hillingdon (por aquel entonces desconocía cuál era el nombre del pueblo), y alcanzar una colina llena de casas —más tarde averigüé que se trataba de Harrow—, lo cual me permitiría llegar hasta Londres por Hamstead o Highgate.

No soy estratega; sin embargo, en aquellas extremas circunstancias, establecí en un segundo mi plan de ataque, sintiéndome seguro de que aquello me conduciría junto a Ethel y los niños.

La ciudad de Uxbridge (cuyo emplazamiento todavía aparece indicado en muchos mapas) se hallaba situada en el valle de un pequeño río, un afluente del Támesis. Estaba seguro de que la lengua de lava llegaría hasta aquel valle (y, en efecto, en la actualidad su depresión se halla completamente llena por una de las más sólidas masas de basalto negro de la región). Sin embargo, sabía que tenía que descender y cruzar aquella extensión hacia Harrow. Después de todo, si fracasaba no sería más que otra víctima de aquello que empezaba a percibir como una prodigiosa calamidad nacional.

Estaba empezando apenas a descender la colina, con Uxbridge descansando tranquila y confiada en el estrecho valle debajo de mí, cuando ocurrió un insignificante y trivial accidente que casi estuvo a punto de hacer imposible la continuación de mi viaje. Era la segunda

quincena de agosto; los setos habían sido podados; y aquel sendero en particular, bordeado por una alta valla de espinos, estaba salpicado por las ramas podadas de los arbustos. En cualquier otra ocasión, habría recordado el peligro y lo habría evitado; aquel día, apresurándome colina abajo para salvar mi vida, la de Ethel y la de mis seres queridos, lo olvidé. La consecuencia fue que de pronto descubrí que mi rueda delantera estaba deshinchada.<sup>2</sup> Aquella desgracia estuvo a punto de hundirme. Desmonté y examiné el neumático; había recibido un mal pinchazo. Intenté hincharlo de nuevo, con la esperanza de que el agujero fuera lo suficientemente pequeño para lograr que aquella precaución fuera suficiente. No obstante, no sirvió de nada. Me di cuenta de que debía detenerme y arreglarlo. Afortunadamente, tenía todo lo necesario en mi bolsa.

Creo que ése fue el más extraño episodio de toda aquella extraña carrera..., esa sensación de trabajar febrilmente, varado en mitad de mi camino, a fin de realizar cuidadosamente y sin errores las pequeñas operaciones necesarias para reparar una cámara pinchada, mientras la aterradora lengua de fuego seguía avanzando hacia Londres. El momento y la minuciosidad de la operación parecían algo completamente fuera de lugar. Pasó un campesino con una carreta, por supuesto sin sospechar nada. Ese era otro punto que añadía más horror a la ocasión..., que, tan cerca de la catástrofe, tan poca gente fuera consciente de lo que estaba ocurriendo junto a ellos.

De hecho, como es bien sabido, yo fui uno de los pocos que vio la erupción durante su proceso y consiguió escapar de ella. Todos los demás que intentaron huir, bien para escapar ellos mismos o para avisar a otros del peligro, fueron alcanzados por la lava antes de que pudieran llegar a un lugar seguro. Atribuyo esto principalmente al hecho de que la mayoría de ellos utilizaron las grandes carreteras que discurren por el valle, o

---

<sup>2</sup> Las bicicletas de ese período iban provistas de neumáticos con cámaras de caucho..., un burdo sistema, sustituido hace ya tiempo.

acudieron instintivamente a buscar refugio en sus casas, en vez de dirigirse de inmediato a las colinas y a las tierras altas.

Un campesino se detuvo y me miró.

—¡Quien más corre menos vuela! —dijo, con proverbial sabiduría.

Le miré y dudé. ¿Debía advertirle de su destino, o era inútil?

—Manténgase en las colinas —dije finalmente—. Una calamidad inexpresable está ocurriendo en el valle. Llamas de fuego descienden por él, como si bajaran de una gran montaña ardiente. Manténgase alejado de la erupción.

Me miró inexpresivamente, y estalló en una risa carente de significado.

—Bueno, usted debe de ser uno de esos tipos del Ejército de Salvación —exclamó, tras una corta pausa—. Está intentando sermonearme. Me dirijo a Uxbridge.

Y continuó colina abajo hacia su segura destrucción.

Pasaron horas, estoy seguro de ello, antes de que consiguiera parchear aquel pinchazo, aunque vi por el reloj que sólo habían sido cuatro minutos y medio. Tan pronto como hube montado nuevamente el neumático, me lancé a tumba abierta hacia Uxbridge. Crucé la calle mayor de la ciudad suburbana, gritando a mi paso:

—¡Corran, corran a las alturas! ¡Una lengua de lava está bajando por el valle! ¡Vayan a las colinas si quieren salvar sus vidas! ¡Toda la orilla del Támesis está ardiendo!

Nadie me hizo el menor caso; se me quedaron mirando inmóviles durante un minuto, con la boca abierta; luego volvieron a sus ocupaciones habituales. Un cuarto de hora más tarde, Uxbridge desaparecía del mapa.

Seguí la carretera principal que cruzaba el pueblo que posteriormente identificaría como Hillingdon; luego me desvié a la izquierda, unas veces por carreteras y otras por caminos de cuya exacta localización aún no estoy seguro, hacia la colina de Harrow. Cuando alcancé la ciudad, no me preocupé de alertar a la gente, en parte porque mi anterior experiencia me había enseñado la futilidad del intento, y en parte porque juzgué correctamente que estaban a salvo de la inundación. En efecto, ésta nunca llegó a cubrir enteramente la cúpula de St. Paul, parte de la cual emerge aún del mar de basalto, ni alcanzó tampoco el nivel de las alturas norte de Londres. Crucé Harrow sin dirigir la palabra a nadie. No deseaba ser detenido o importunado como un lunático escapado del manicomio.

A partir de Harrow seguí tortuosamente mi camino por las ascendentes alturas, a través del parque Wembley hasta Willesden. En Willesden, por primera vez, tuve la certeza de que Londres estaba amenazado. Grandes multitudes de gente en la más profunda excitación permanecían observando una densa nube de humo y vapor que se extendía rápidamente en dirección al bosque de Shepherd y Hammersmith. Estaban especulando acerca de su significado, pero rieron con incredulidad cuando les dije a qué era debido. Pocos minutos después, el humo se extendía ominosamente hacia Kensington y Paddington. Aquello marcó mi destino. Era a todas luces imposible descender hasta Londres; y por supuesto, el calor empezaba a ser ahora insoportable. Le echaba a uno hacia atrás, casi físicamente. Pensé que debía abandonar toda esperanza. Nunca llegaría a saber lo que había sido de Ethel y de los niños. Mi primer impulso fue tenderme en el suelo y aguardar la lengua de fuego. Sin embargo, la conciencia de la magnitud de la catástrofe parecía en cierto modo sofocar el dolor privado. Estaba fuera de mí a causa del temor por mis seres queridos; pero me di cuenta de que no era sino uno más entre los centenares y miles de padres en la misma posición. No

sabíamos lo que estaba ocurriendo en aquel momento en la gran ciudad de cinco millones de almas, no lo sabremos nunca. No obstante, podemos conjeturar que el final fue, piadosamente, demasiado rápido como para arrastrar consigo mucho sufrimiento innecesario.

De pronto, un rayo de esperanza me golpeó. Ese día era el cumpleaños de mi padre. ¿No era posible que Ethel hubiera cogido a los niños y los hubiera llevado a Hampstead para que felicitaran a su abuelo y le desearan muchos felices cumpleaños como aquél en el futuro? Con la loca determinación de no darlo todo por perdido, giré mi rueda delantera en dirección a la colina de Hampstead, sin dejar de mantenerme en terrenos altos tanto como me era posible. El corazón me ardía en el pecho. Una incansable ansiedad me urgía a pedalear al máximo. Mientras seguía la carretera, estuve a un minuto o dos de caer en plena catástrofe. La gente empezaba a darse cuenta de que algo estaba ocurriendo; más de uno me preguntaba ansiosamente al pasar de qué incendio se trataba. En aquellos momentos me era imposible creer que aún no supieran nada de un acontecimiento en medio del cual parecía hallarme viviendo desde hacía meses; como tampoco podía asimilar que todas las cosas que habían ocurrido desde que saliera del puente Cookham hacía tanto tiempo estuvieran comprimidas en realidad en el espacio de una sola mañana..., no, menos aún, de una hora y media tan sólo.

Mientras me acercaba a la colina de Windmill, una terrible aprensión me atenazó. Sentí como si me tambaleara al borde de un precipicio. ¿Estaría Ethel a salvo? ¿Volvería a ver alguna vez al pequeño Bertie y al bebé? Pedaleaba casi automáticamente, porque toda vida había huido de mí. Sentía las articulaciones de mis caderas moviéndose rígidamente en sus cavidades. Contenía la respiración; el corazón no me latía. Fue un momento terrible.

Llegué ante la puerta de la casa de mi padre y entré en el jardín. No me atrevía a ir más allá. Aunque cada segundo era precioso, me detuve y vacilé.

Finalmente, giré el picaporte. Oí a alguien dentro. El corazón se me subió a la boca. Era la voz del pequeño Bertie:

—¡Hazlo otra vez, abuelito, hazlo otra vez! ¡A Bertie le gusta mucho!

Penetré como una tromba en la habitación.

—¡Bertie! ¡Bertie! —grité—. ¿Está mamá aquí?

Corrió hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Mami, mami, papá ha venido!

Estallé en lágrimas.

—¿Y el pequeñín? —pregunté, tembloroso.

—El bebé y Ethel están aquí, George —respondió mi padre, mirándome fijamente—. Pero, muchacho, ¿qué ocurre?

Me dejé caer en una silla y me desmoroné. En aquel momento de alivio, supe que Londres estaba perdido, pero yo había salvado a mi esposa e hijos.

No aguardé a dar explicaciones. Un coche de alquiler pasaba por allí. Lo llamé, y les dije a todos que subieran. Mi padre quiso discutir el asunto, pero le hice callar en seco. Le di al cochero tres libras..., todo el dinero que llevaba encima.

—¡Conduzca rápido! —grité—. ¡Rápido! ¡Hacia Hatfield..., hacia cualquier sitio!

Condujo como un poseso. Pasamos aquella noche, mientras Hamstead brillaba como un faro, en una granja aislada en las alturas de Hertfordshire. Porque, naturalmente, aunque la lengua de fuego no llegó hasta tan alto, incendió todo lo inflamable que halló en sus inmediaciones.

Al día siguiente, todo el mundo supo la magnitud del desastre. Sólo puede ser resumida en cuatro enfáticas palabras: ya no existía Londres.

Sólo me resta otra observación que hacer. Ya he dicho que, dado el alivio que sentía, olvidé en aquel momento que Londres estaba pereciendo. Olvidé también que mi casa y propiedades habían desaparecido. Al parecer, a la mayoría de aquellos supervivientes que perdieron esposa e hijos en la erupción les ocurrió exactamente lo contrario. Iban de un lado para otro como en un sueño, sin una lágrima, sin una queja, ayudando a los demás a cubrir las necesidades de aquellos que se habían quedado sin hogar. La universalidad de la catástrofe hizo que cada hombre sintiera que dar demasiada importancia en una crisis semejante a sus propias pérdidas personales era de un acendrado egoísmo.

Más aún; el estallido de febril actividad y excitación nerviosa, incluso me atrevería a decir alegría, que siguió al horror fue imputable, creo, a la misma causa. Incluso los más graves ciudadanos sintieron que debían hacer lo más posible para disipar el abatimiento general; en consecuencia, se lanzaron a una ronda de disipaciones que otras naciones consideraron impropias del temperamento inglés. Fue una forma de expresar una emoción común. Todos nosotros habíamos perdido nuestro corazón..., y nos congregamos en los teatros para recobrar el ánimo.

Ésa, creo, fue nuestra respuesta nacional a las severas críticas del señor Zola sobre nuestra extemporánea frivolidad. «Ese pueblo que se complacía en la tristeza mientras era rico y poderoso —dijo el gran escritor francés—, empezó a bailar y a cantar sobre las cenizas de su capital..., mostrando su alegría junto a las tumbas abiertas de sus esposas e hijos. ¡Qué enigma! ¡Qué perplejidad! ¡Qué ocasión para un Edipo!»

**FIN**

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>